

Perdido en acción



Alan Stoga

Presidente de Zemi
Communications,
www.zemi.com

LA PERNICIOSA CONFRONTACIÓN POR la guerra de Irak tiene muchas consecuencias. El antiamericanismo está en alza. La autoestima de EE.UU. declina. La voluntad del país para definir su misión globalmente y de actuar coherentemente se debilita. El nerviosismo respecto a la dirección que está tomando la economía mundial crece, aun cuando la recuperación de EE.UU. se hace más sólida. Los mercados están siendo cada vez más golpeados por el alza en el precio del petróleo causada por el caos en Medio Oriente.

Todo esto parece ser lejano para América Latina. Sin embargo, su inevitable corolario es que EE.UU. tiene menos y menos tiempo para la región. Irak importa, porque está sacando a América Latina del mapa estadounidense.

Ciertamente, ésta es la percepción de muchos líderes, quienes ven una política regional de EE.UU. que va poco más allá del manejo de la crisis de Haití, apoyo militar para la guerra del presidente colombiano contra las narcoguerrillas y una seguidilla de propuestas de acuerdos de libre comercio, que en última instancia pueden o no lograr la aprobación del Congreso. En las cumbres reciben lecciones para acabar con la corrupción, pedidos de tropas para la “guerra” contra el terrorismo y apoyo a las causas de EE.UU. en la ONU. Y son regañados cuando Washington siente falta de entusiasmo por sus dictados.

Desafortunadamente, hoy estos líderes difícilmente ven a la administración Bush hablando contra las violaciones a la democracia en la región, apoyando a los líderes que tratan de implementar buenas políticas económicas, o persuadiendo a las instituciones financieras internacionales de trabajar creativamente con países que están siendo dejados de lado por la globalización. Como no ven a EE.UU. dispuesto a guiarlos hacia nada interesante, la mayoría no está dispuesto a seguirlo.

El acercamiento de Washington a América Latina está fracasando porque le falta un principio organizador: una “gran idea”. Muchos países en la región no saben lo que Bush quiere, en buena medida porque ha fallado a la hora de articular una estrategia que vaya más allá de consignas como “guerra contra el terrorismo” y “libre comercio”. Pero éstos son medios, no fines: luchar contra el terrorismo y promover el libre comercio son, en el mejor de los casos, caminos hacia el desarrollo y la democracia.

Por supuesto, ésa era la idea detrás del hoy des-

acreditado “Consenso de Washington”: la creencia en que EE.UU. debía estar en la promoción de la democracia y el crecimiento en la parte del globo más importante para su propia seguridad era una idea suficientemente grande. Los objetivos deberían ser los mismos hoy. En cambio, Washington sólo ofrece la retórica del terror y el comercio, que no es suficiente para superar la sensación de que al presidente Bush en verdad no le importa América Latina como para poner a la obra recursos reales o ideas reales.

Esto es particularmente evidente en la región Andina, donde la crisis política, social y de seguridad parece crecer cada día, y donde EE.UU. está prácticamente fuera de la acción. Bolivia, Ecuador y Perú están al borde del colapso político. Sus presidentes carecen de legitimidad popular, sus gobiernos enfrentan congresos hostiles, y el riesgo de la violencia callejera –que ha cobrado varias vidas y tumbado varios presidentes– crece. El enfrentamiento entre el presidente venezolano, Hugo Chávez, y sus opositores se hace cada vez más tenso a medida que el gobierno maniobra con tácticas cada vez más espectaculares para evitar un referéndum que podría forzar su salida del poder, aparentemente seguro de que la necesidad de EE.UU. por petróleo lo protegerá de la censura de Washington. Incluso aunque Colombia registre avances tangibles contra las guerrillas, un alto funcionario de la ONU declaró recientemente al país como “la mayor catástrofe humanitaria del Hemisferio Occidental”.

Para empeorar las cosas, estos acontecimientos están interconectados a través del populismo, de los narcodólares y el terrorismo. Aunque hay evidencia de que agentes venezolanos e incluso cubanos están ayudando a propagar este cáncer, de alguna forma la regionalización de la inestabilidad es una consecuencia no intencionada del Plan Colombia. Cuanto más fuerte presiona Uribe a las guerrillas, más se desborda el conflicto hacia los países vecinos. Mientras Washington se anota esto como una victoria, sólo está cambiando el lugar, y no la naturaleza, de la amenaza.

Claro que los fracasos en los países andinos no son culpa de Washington. Pero, tarde o temprano, serán sus problemas, ya que EE.UU. no puede permitir una inestabilidad real tan cerca de sus fronteras. Con suerte, sólo bastará con el tardío reconocimiento de que la seguridad de EE.UU. empieza inevitablemente en las Américas para cambiar su miope aproximación a América Latina. □